

| | |
|--|----|
| CAPÍTULO I. LA ECONOMÍA Y SUS NUEVOS ESPACIOS. . . . | 11 |
| I. Los espacios de los nuevos imperios. . . . | 16 |
| II. Los espacios de las nuevas "fronteras". . . . | 19 |
| 1. Los océanos. | 19 |
| 2. El espacio exterior. | 21 |
| III. Los espacios de la nueva comunicación. . . . | 24 |
| IV. Las vías de salida. | 29 |

CAPÍTULO I

LA ECONOMÍA MUNDIAL Y SUS NUEVOS ESPACIOS

Los responsables de la suerte de cuatro mil cuatrocientos millones de hombres que habitan la Tierra, sin poder todavía nutrirlos a todos, miran hacia los espacios estratosféricos para adivinar allí una promesa o una amenaza y se inclinan sobre los océanos disimulando allí los submarinos atómicos, buscan un suplemento de alimentos y de energía.

En el futuro, el mundo no podrá entenderse sino globalmente, como un todo.

La crisis es general; más profundamente que por fallas de funcionamiento, se advierte por los lentos cambios de estructuras provisionalmente incompatibles entre sí y por el deterioro manifiesto de las reglas del juego tradicional. Las fuerzas políticas se redistribuyen dolorosamente. La internacionalización de los cambios mercantiles se opera en la incoherencia y vuelve todas las economías sensibles a las depresiones y a los más grandes accidentes. Cada nación está ávida de exportar como si la contrapartida comercial estuviera asegurada; mientras que los excedentes y los déficit se yuxtaponen sin compensarse; y los países subdesarrollados no procuran, como conjunto, la zona de expansión espontáneamente solvente que exigiría la lógica del mercado.

Cada nación, cada categoría social, cada individuo, depende directamente o no, de la suerte y de la evolución del mundo entero. La economía mundial es, en el sentido científico del término, un sistema; observadores competentes no se han equivocado en esto. Ella se bosqueja en subconjuntos estructurados, desiguales en dimensiones y en poderes, jerarquizados, ligados por relaciones asimétricas que derivan de influencias, de dominios, de dominaciones parciales e implican retroalimentaciones que no suscitan segura y rápidamente equilibrios aproximados.

Este sistema de la economía mundial se abre ante nuestros ojos.

Recuerda uno la frase de Paul Valery: "La época del mundo finito comienza". Fórmula brillante que, vista de cerca, sufre de ambigüedad. ¿El mundo finito es el mundo enteramente explorado? Sobre los mapas de la *terrae incognitae* el economista, supliendo al geógrafo, diría que este mundo es del que se conocen más o menos los recursos explotables a corto plazo, y los recursos llamados "probados" de minerales y de energía, los recursos potenciales, son aquellos de que se puede estar razonablemente seguro, estarán durante algunas generaciones a disposición de la economía. El mundo finito sería el mundo inventariado. De esos recursos no renovables el problema es su empleo, al que las técnicas y organizaciones dan su verdadera medida.

En otra acepción, el mundo finito podría ser aquel cuyos límites se conocen; la superficie de los mares, las masas de tierra y de agua tendrían límites que se imponen a la acción humana. El mundo "finito" sería aquel en el que se advierten los límites físicos a los que nuestras actividades, nuestros desplazamientos y nuestras conquistas están sujetos.

Pero los progresos de la ciencia y de la técnica no son predeterminables, porque un análisis engendra otro. El despliegue magnífico de las matemáticas es prueba bastante. La invención nutre cadenas de innovaciones que se cruzan

—complementarias o concurrentes—; esas combinaciones de técnicas plantean o renuevan problemas que se creían correctamente resueltos. En cuanto a las interrogantes sobre el hombre mismo, su condición y su destino, son inagotables y la vida, individual o social, no cesa de revelar horizontes inéditos. Los límites físicos dicen poco sobre nuestro dominio vital y el camino de nuestras actividades.

Desde que se ha reconocido que los espacios sociales y económicos son, al fin de cuentas, obra de los hombres, la parte de ilusión sostenida por el sentido inmediato de la localización se disipa. ¿Dónde, cada uno de nosotros con sus grupos, dónde ellos que son, que viven y actúan, pueden llamar libre a su actividad? Pensando en su campo, su ciudad, su patria, ¿no deberían interrogarse acerca de las redes de poderes que ayudan o amenazan su identidad? Aquí y allá ¿qué puedo yo hacer? ¿En qué medida puedo arreglar mi habitar, desplegar mi actividad personal o la de mi grupo? La dependencia de los pequeños respecto de los grandes, o de los débiles respecto de los poderosos, se extiende ahora a la dimensión del mundo.

La evolución tiende a enseñarnos que nuestro campo de actividad está en un mundo, en el seno de una economía que sería erróneo considerar como concluida. La Tierra de los hombres, vista y transformada por ellos y sin límites fácilmente asignables, se extiende sobre la planicie territorial de los océanos y se alarga hacia las profundidades abismales. Sabemos que el satélite geostacionario está situado a 36 000 kilómetros de altitud; que los satélites de teledetección fotografían a 700 u 800 kilómetros de distancia de la superficie del globo con la ayuda de técnicas multiespectrales. Los espacios estratosféricos reciben —en medio de pesanteces múltiples— máquinas, propiedades de hombres y de naciones, arriesgadas en competencias encarnizadas y cuyo funcionamiento entraña, en cadena sobre la Tierra, efectos decisivos para la seguridad, la producción y el conocimiento.

La expresión “mundo finito”, después de haber seducido, podría equivocarnos haciéndonos pensar en un conjunto cerrado. Nosotros vivimos ahora en un conjunto finito pero abierto que cambia con el cosmos y nos impone distancias, vecindades y velocidades por largo tiempo insospechadas. Está formado por economías y sociedades que por fuerza se entrea-bren sin renunciar todavía a sus egoísmos sagrados.

El mundo es un todo en el que la economía mundial es un subsistema.

Los grandes cortes Norte-Sur y Este-Oeste nos lo disimulan duramente. No tenemos ninguna oportunidad de superarlos si aplicamos los análisis heredados del siglo XIX. No es la expansión del mercado provocada por el lucro anticipado y arreglada por el lucro realizado lo que funda una interpretación pertinente. La organización precede, penetra e informa el mercado, que no es sino uno de tantos procedimientos económicos que se ha universalizado bajo hegemonías sucesivas. No es la lucha de clases —supuesta equivocadamente en medios sin industria o traspuesta analógicamente en los conflictos entre naciones proletarias y naciones ricas— la que tiene la oportunidad de aclararnos las cosas. La mecánica de los generales de las mercancías sometidas a la ley del precio y la dialéctica sumaria extraída de la oposición entre el capital y el trabajo, no nos dicen casi nada preciso y operativo.

Estamos en cambio armados para comprender el mundo de nuestro tiempo y actuar sobre él al analizarlo como una red de poderes. El mundo es un conjunto en el que se aplican topologías insólitas. Los individuos y los grupos crean en él espacios de actividad que entre actores esencialmente desiguales son espacios de poder.

Más precisamente, las técnicas contemporáneas permiten, en todos los campos, a una pequeña minoría actuar sobre una multitud. Este rasgo marca tanto al Este como al Oeste y a todos los países industrializados, cualquiera que sea su nivel de desarrollo; resiste a las revoluciones y al control de las democra-

cías; es el punto crucial de un análisis económico y político de nuestro tiempo. Las oligarquías ejercen poderes efectivos; se prolongan por los oligopolios (pequeño número de firmas gigantes y monopólicas), en las industrias y a escala mundial, por el pequeño número de grandes potencias, como monopolios colectivos rodeados de sus satélites. La concentración y la polarización de los medios son los fenómenos más característicos de la economía mundial.

De aquí lo trágico de nuestra época que no se concreta sólo en el riesgo de la violencia y la destrucción bélicas. Durante las fases históricas de paz relativa bajo la hegemonía de una potencia dominante lo trágico estaba ya en marcha aunque desapercibido y cuidadosamente disimulado, la multipolarización actual lo deja subsistir, consistiendo en efectos acumulativos de poder puesto que los poderes económicos se acrecientan por procesos acumulativos y no menos los poderes políticos. En fin, el poder económico y el poder político se refuerzan recíprocamente y extienden su alcance y sus efectos no concediendo oportunidad de participar de esos poderes a la masa, a los débiles y a los pobres si no lo permiten sus querellas y sus competencias. Por tanto, resulta una duradera y continua redistribución de los recursos, de las riquezas y de las técnicas lo que mantiene o agrava las malas distribuciones iniciales y las reconstituye, si es que son rectificadas.

Esto se prueba analizando los espacios de los nuevos imperios, las condiciones de explotación de las nuevas "fronteras" (en el sentido inglés), los espacios oceánicos, los espacios estratosféricos; en fin, los espacios de las nuevas comunicaciones —sin duda los más prometedores pero cuyas oportunidades felices tardan en tomar cuerpo.

El error mortal sería creer que los peligros de estos encadenamientos nos condenan a la impotencia. No, ellos no constituyen una desafortunada fatalidad; pueden ser conjurados por un pensamiento vigoroso de las élites y por una estrategia

lúcida de las naciones pequeñas y medianas que son indispensables para una política mundial. Fuera de esquemas emanados del siglo precedente, es la invención de formas sociales al servicio de un proyecto común lo que abre las vías del futuro.

I. LOS ESPACIOS DE LOS NUEVOS IMPERIOS

Cuando las empresas intercambian mercancías a través de las fronteras en condiciones tales que los costos comparativos —es decir, los mejores costos de especialización posible y los precios relativos— son decisivos para la elección del consumidor, entre la compra al interior o en el exterior, entonces se confronta el llamado intercambio internacional, pero en el que la nación no interviene ni como Estado ni como organización. Los individuos, las pequeñas unidades, intercambian mercancías sujetos a la ley de los precios.

Todo cambia cuando intervienen las inversiones directas, es decir, la implantación duradera de medios de producción, y más manifiestamente cuando aparecen las firmas transnacionales bajo sus bases para lucrar al máximo con filiales o asociaciones en cualquier país del mundo. Estos gigantes permanecen asociados a las estructuras privadas y públicas de su origen; armados de su poder propio y del de su país, encuentran empresas para asociarlas (éstas también asociadas a una estructura nacional y generalmente menos poderosa). Los Estados Unidos, amos de las más grandes transnacionales del mundo, ofrecen el mejor ejemplo. La transnacionalidad, totalmente singular dentro de las relaciones internacionales, está ligada al monopolio (oligopolio) y a la economía mixta, en la que los intereses privados y públicos están espacialmente ligados.

La transnacionalidad concierne además de la producción, al crédito y a la especulación financiera. En todos los casos organizaciones privadas en busca del lucro máximo engendran

efectos que desbordan la esfera comercial y encuentran organizaciones públicas cuya razón de ser es la defensa de los pueblos. Los compromisos o conflictos resultantes, siempre presentes, resultan explosivos en el caso de los países menos desarrollados. Estos procedimientos están en uso tanto en el Este como en el Oeste. El mundo está formado por vastos conjuntos mixtos o públicos que uno no sabe cómo denominar y que, a falta de algo mejor, se les puede llamar "los imperios de los últimos decenios del siglo".

Con un estilo original las unidades transnacionales engendran sus mercados que sobrepasan a los mercados nacionales, y ellos todos no constituyen, sin embargo, el mercado mundial relativamente homogéneo tan estimado por los clásicos y también por Karl Marx. Un circuito cerrado de mercancías, de servicios y de información, se establece entre el centro y los órganos periféricos.

Las firmas transnacionales ejercen influencia en las estructuras sobre su medio de implantación. Ellas han operado transferencias masivas de tecnología y han contribuido a reducir la distancia entre los Estados Unidos y Europa. Su acción duradera desvía los tráficos y los crea también en el dominio de su actividad. No es dudoso que los Estados nacionales en los países de origen y en los países receptores, si no están indefensos, deben entrar en componendas con esas unidades originales y fuertes.

Por añadidura, la evaluación rigurosa de las ventajas procuradas en el país de la implantación a la empresa transnacional y viceversa, encuentra dificultades casi insuperables en cuanto a la elección del periodo en el cual se haga el cálculo con los elementos que se deban tener, en cuanto a la contribución de la organización del país anfitrión respecto a los gastos del gobierno en la infraestructura, en la calidad de la mano de obra y en la clientela, en una palabra, en cuanto al cálculo de las "externalidades" con que se beneficia la firma. Así como la casi imposibilidad para evaluar exac-

tamente las consecuencias de la tecnología transferida y sus efectos directos e indirectos ligados al lucro de monopolio percibido. Nuestros cálculos, de tipo individualista, son defectuosos ante la complejidad de los fenómenos colectivos.

Como organizaciones principalmente privadas —exteriores a las concurrencias clásicas— las unidades transnacionales apelarían para servir al interés mundial, a una organización superior que pudiera incitarlas a las mejores actuaciones económicas al descartar las tentativas de interferencia política. Ellas se instalan en los puntos donde los salarios son bajos y los recursos naturales abundantes: todavía la elección para instalarse no está determinada sino por el lucro privado que espera obtener. En teoría no hacen presión sobre los gobiernos, pero de hecho la ejercen. El interés relativo de los países para acogerlas no asegura ni lógica ni prácticamente el servir al interés común.

Los códigos de buena conducta son incapaces de disciplinar eficazmente a las unidades gigantes y menos aún a los grupos financieros. Los espacios políticos se combinan con los espacios económicos cuya topología interfiere inexplicablemente con el trazo de las fronteras nacionales. Los peligros que corre, de hecho, la soberanía nacional, limitada por los poderes informales de las potencias privadas, dan el sabor de una soberanía diferente, explícita y legalmente subordinada a la ventaja colectiva de todas las naciones del mundo. Ésta implicaría una división internacional del trabajo concebida y organizada por regiones mundiales y en interés de la Humanidad. La transnacionalidad designaría, entonces, uno de los procedimientos para determinar, con relación al todo, los costos comparativos potenciales y el reparto menos irracional del excedente de productos. La programación a varios niveles sería oportuna, tomando en cuenta funciones mundiales, la aplicación de cálculos colectivos y la elaboración de instituciones de solidaridad para el bien común de los pueblos interesados.

Estamos lejos de esto, pero no se pueden comprender las

aspiraciones actuales sin aclararlas con esta "utopía". Las redes de transnacionales enfiladas a los intereses comunes se convertirían en un instrumento notable para aprovechar el planeta por regiones vastas del mismo. Sin ir tan lejos, si ellas consistieran en orientar una parte de sus inversiones y de sus actividades al progreso de los desfavorecidos, serían ya una poderosa palanca del desarrollo mundial.

II. LOS ESPACIOS DE LAS NUEVAS "FRONTERAS"

Las nuevas "fronteras", los espacios inexplorados de expansión posible, los océanos y los espacios extraatmosféricos, por su naturaleza misma, por las dificultades de acceso, por la resonancia universal de las experiencias y la necesidad de cooperación colectiva, deberían ser ocasiones privilegiadas de explotación común. Se abre paso la idea forjada de los recursos de altamar fuera de las jurisdicciones nacionales y con los servicios de satélites de comunicación, pero sobre el fondo de un cuadro donde se advierten las firmas gigantes y sus conflictos, ligados a los de las naciones.

1. *Los océanos*

En el siglo pasado reinaron dos principios no discutidos: la soberanía de los Estados sobre las aguas territoriales y la libertad en altamar; el primero se acompaña con desigualdades flagrantes en razón de las diferencias de poder como un hecho; el segundo da el dominio de la altamar a la flotas más poderosas. Después de la guerra, los progresos técnicos y la redistribución de las fuerzas políticas, sobre todo las reivindicaciones de los pueblos en vías de desarrollo, modificaron el espíritu y las prácticas. La Conferencia del Derecho del Mar, con sus laboriosas negociaciones y resultados limitados, intenta elaborar un estatuto jurídico aplicable a la explotación de

los recursos marinos. El conflicto se acusa entre la soberanía nacional sobre las zonas territoriales y el espacio oceánico, que más allá sería el patrimonio común de la Humanidad. Es la oposición entre la avidez de las naciones y la economía del género humano. Implicada en esta oposición está la que separa la idea de la soberanía funcional ejercida por una organización sobre operaciones determinadas y la soberanía territorial, especie de monopolio colectivo sobre una tierra, prolongado a las aguas territoriales.

Por rica y prometedor que sea esta investigación, no ha cambiado nada. Hasta ahora las coaliciones de las grandes firmas y de las naciones se convirtieron en inevitables por el monto de las inversiones, la alta calificación de las técnicas y las perspectivas de mercados. Como nuestros conocimientos sobre el océano y los mares son muy deficientes, deben incrementarse las cooperaciones colectivas si se quiere evitar el despilfarro de los recursos y atender a las necesidades urgentes de los países en desarrollo.

La pesca, aporte alimentario esencial, ha tenido un rápido desarrollo que decreció al final. Ésta requiere la cooperación entre las naciones para evitar las competencias ruinosas entre países pescadores y asegurar la conservación de los recursos biológicos. Esta cooperación sería aún más útil si dedicara parte de las proteínas obtenidas de los productos de la pesca para distribuirla a las poblaciones mal nutridas en lugar de venderlas para la alimentación del ganado. Un organismo internacional tendría que contradecir la ley del mercado en favor de necesidades insolventes.

El producto más importante de los océanos ha sido y es el petróleo. La producción de este energético ocurre en la zona de 200 millas, que es la de la explotación para los Estados y donde se encuentra el 75% de los recursos probados. El petróleo submarino representó en 1973, 18% de la producción petrolera mundial, y la tercera parte corresponde al Medio Oriente. Para la exploración, explotación y el transporte,

se imponen inmensas inversiones por parte de los Estados. ¿Qué ocurriría el día que la comunidad internacional pusiera efectivamente en juego la idea del patrimonio común de la Humanidad sobre los fondos marinos de la altamar? La delegación de Malta a las Naciones Unidas obtiene un voto unánime de la Asamblea General en 1967 sobre una resolución que especifica que más allá de los límites de la jurisdicción nacional, el lecho de los mares y de los océanos en altamar y su subsuelo, considerados como patrimonio común, serán objeto de explotación en interés de la Humanidad y por procedimientos de gestión colectiva. Con este propósito, diversos órganos están en vía de formación, particularmente la empresa, cuyas operaciones sometidas a un consejo que emana de los Estados es la primera gran organización internacional de carácter público encargada de una responsabilidad en la gestión de los recursos económicos. Cuando el organismo funcione, sus expertos tendrán una ocasión incomparable para precisar las técnicas del cálculo colectivo para imputar los costos de las operaciones y para la distribución, entre las partes, del producto obtenido.

2. *El espacio exterior*

Surgida de la larga maduración de los trabajos emprendidos antes y durante la guerra, la conquista de los espacios extraatmosféricos se ha desarrollado como un duelo entre dos superpotencias deseosas de hacer amenazas estratégicas y de seducir a la opinión pública con hazañas inauditas. Entre estas operaciones científicas y un enriquecimiento prodigioso de la comunicación, por atractivas que sean las aplicaciones comerciales, no es la sed de lucro el motor principal, sino la sed de dominar, de hacer inclinar al adversario, de afirmarse como el más poderoso ante los ojos del mundo.

Los *spoutniks* rusos (1958) superan a los bombardeos atómicos americanos. El cohete "Koroleo" es superado (1960) por los cohetes balísticos de Estados Unidos. Los *vostoks*, naves

cósmicas, transportan una perra y después a hombres. Yuri Gagarin, el 16 de abril de 1961, viajó durante 108 minutos en el espacio. Los Estados Unidos son aventajados y lo advierten. J. Kennedy anuncia en mayo de 1961 que han decidido enviar un hombre a la Luna. La competencia prosigue con los satélites de reconocimiento que procuran una mejor información, facilitan los acuerdos SALT I. Los adversarios intentan sobrepasar los satélites portadores de hombres, después de 1961. En la navidad de 1968 "Apolo" da diez vueltas a la Luna y trae a la Tierra su tripulación. En fin, en julio de 1969 "Apolo 2" deposita a Armstrong y a Edwin Aldrin sobre el suelo lunar, donde ellos dan sus primeros pasos "Un gran paso para la Humanidad".

A principios de 1972 se firman en Moscú acuerdos de cooperación cuyo motivo oficial es la salvación de los hombres en el espacio. En 1975 se realiza un vuelo común. Se había propuesto en 1972 construir un satélite encargado de vigilar todas las regiones del planeta y cuyo control estaría a cargo de las Naciones Unidas. Un tratado del 24 de enero de 1976 prohibía la instalación de armas de destrucción masiva en el cosmos.

La competencia prosigue a través de notables progresos técnicos. Del lado norteamericano: la "Navette", motor cósmico guiable con piloto; del lado ruso, las "Saliout", estaciones orbitales. Los adversarios deciden forzar el secreto de los planetas Venus, Marte. . .

La extraordinaria experiencia se desarrolla como si, en un conflicto que disimula un eventual combate a muerte, los adversarios se impusieran, por situaciones de urgencia, una obligación recíproca de progresar juntos.

En los Estados Unidos la aplicación está a cargo de cuatro actores: la NASA, organismo público; el Departamento de la Defensa, el gobierno y la industria privada. Esta última actúa a través de compañías gigantes de aviación o de automóviles, convertidas en un tiempo récord. La innovación de J. Schum-

peter propagada en un medio de competencia casi clásico es ampliamente sobrepasada. La economía mixta de este siglo contrasta con el medio aún liberal del precedente; los resortes son públicos, las transmisiones se operan entre monopolios. Una especie de socialización sin socialismo de la producción y de los cambios impregna la vida de la más grande de las repúblicas capitalistas.

Debe agregarse que la combinación de la estrategia militar y de las conquistas científicas de resonancia imprevisible imprime su marca sobre el cálculo económico. Es en todas partes de una amplitud y de una precisión sin paralelo. No es sin embargo sino una ayuda a la decisión que surge de la apuesta. La selección entre un viaje a la Luna o el desarrollo de satélites de vigilancia, como toda otra selección análoga, no es dictada por el cálculo que la precisa una vez hecho. El sacrificio de las vidas de los hombres no es, aunque a veces se diga, calculable en la computadora. Ni la seguridad ni la angustia, ni el rendimiento de una visita a la Luna o de un acercamiento a Venus, tienen el carácter colectivo de una decisión que se juzgó vital para la nación. Es el fracaso práctico del cálculo anticipado de los rendimientos y de los costos en cascada, a partir de una macroinnovación (se puede decir, para el espacio, de una megainnovación).

Vuelve a encontrarse la dificultad en las aplicaciones comerciales. La Red Interstat (International Telecommunication Satellite Consortium), organizada por los Estados Unidos, ha producido una revolución en las comunicaciones a escala mundial por un desarrollo fulminante y universal de los mensajes telefónicos, del télex y de las imágenes de televisión. El acuerdo de utilización fue firmado por 95 países (1977). La Agencia Espacial Europea (ASE) ha construido una plataforma de comunicación: el cohete "Ariane", europeo pero en buena parte francés; propondrá a las naciones interesadas sistemas que comprenden satélites en órbita y equipamiento del suelo. Las que han hecho el trabajo son empresas gigantes en

simbiosis con el sector público. Por sus dimensiones, la naturaleza de sus actividades y su poder de negociación, desafían los esquemas corrientes de la concurrencia "liberal". Su alcance universal les confiere de hecho un estilo de servicio de interés general. La información puede ser transmitida a periódicos mundiales como el *Wall Street Journal*.

La formación de hombres que el sistema podría propagar cambiaría el nivel de los países en vías de desarrollo. Los satélites meteorológicos y los satélites teledetectores de los recursos terrestres informan sobre el suelo y el subsuelo como antes nunca fue posible imaginarlo. En este dominio, los Estados Unidos intentan promover una organización mundial.

Es por ellos, a pesar de la concurrencia efectiva de Europa, que la astronáutica será por mucho tiempo dominada porque es asunto de competencia mundial entre gigantes industriales. Pero tiene muy visiblemente una vocación universal que parece difícil a largo plazo, privarla de instituciones al servicio del interés mundial.

Las reacciones del espíritu humano a los espacios de la nueva comunicación serán evidentemente decisivos. Pero será más fácil enviar pura y simplemente a los espacios mentales y a sus incógnitas un análisis que se impone.

III. LOS ESPACIOS DE LA NUEVA COMUNICACIÓN

Los progresos en extensión y en intensidad de la informática y de la telemática dan nuevas dimensiones a la propagación de los mensajes que, antes de este racimo de innovaciones revolucionarias, conocía ya un marcado despliegue de rasgos comunes.

—La expansión rápida y tendiente a la universalización.

—Las desigualdades profundas entre los pueblos; se piensa en los 800 millones de terrestres de más de 15 años que no saben ni leer ni escribir.

—La concentración de los poderes y la dominación de los intereses comerciales.

—La transnacionalidad, llevada al máximo por la radio y la televisión.

Los espacios de la nueva comunicación son redes de mensajes emitidos por un pequeño número de centros de decisión y alcanzan a masas multinacionales socialmente heterogéneas.

El tiraje mundial de periódicos es, cada día, de 400 millones de ejemplares sobre 800 cotidianos, en progresión de 20% en diez años. Si bien las agencias de prensa se encuentran en más de cien países, cinco de entre ellas son las dominantes: la Agencia France Presse, la Associated Press (de Estados Unidos), Reuter (Reino Unido), Tas (U.R.S.S.), United Press International (Estados Unidos). Veinticinco países, 18 en África y 7 en América Latina no tienen agencia de prensa. Las agencias y la prensa son ampliamente controladas por intereses financieros. La prensa de lectura mundial es principalmente financiera y en lengua inglesa.

Mil millones de receptores de radio, aproximadamente uno por cada cuatro habitantes, propagan sus mensajes por todo el mundo. Pero los Estados Unidos por sí solos tienen tantas emisoras como todos los países en vía de desarrollo juntos.

La televisión se ha proliferado en 133 países con 366 millones de receptores pero en condiciones tremendas de desigualdad; los países árabes, Asia y sobre todo África casi no la tienen.

Puede repetirse respecto a estas masas promedio el papel de las grandes empresas y el de la economía mixta.

El hecho de importancia crucial es por el momento que las masas en los países ricos están inundadas de informaciones sumarias, de imágenes y de esquemas motores y emocionales que no están ni situados, ni son propios para ser interpretados seriamente.

Los efectos psicosociológicos sobre las masas, siendo imperfectamente conocidos, ameritan el riesgo de una interpreta-

ción. El flujo de imágenes personales, de nociones fugaces, los fragmentos de discursos a nosotros mismos, que ocupan comúnmente nuestro espíritu, nuestro firme interior, si pudiera decirse, es mediante la televisión que se sustrae a los controles naturales y a la disciplina cotidiana de la vida social en el medio familiar. Este flujo es solicitado por estímulos de rápida sucesión impuestos por la máquina de comunicar, renovados por incitaciones penosas, escogidos para los sucesos fáciles, obsesionados por la publicidad del objeto y el acto comercial. "Hay de todo en un alma" dice una heroína de Montherlant. Todo eso es provocado desde el exterior por choques imprevistos e interrogatorios públicos penosos que molestan más que lo que dan a conocer al interlocutor. J. Baudrillard no se equivoca al denunciar "la comunicación por estos medios".

Es una fortuna venturosa en medio de esta confusión si las personas intercambian signos de simpatía y de amistad humana. Tal propósito de goce tiene maravillosa resonancia en un corazón que estaba en espera de ese mensaje. Un bello verso se desprende de un discurso y queda grabada una vida entera en un alma que lo deseaba. Un gesto emociona una conciencia preparada a su nobleza y de repente surge de la más de las mediocridades. En la ola de información incoherente ocurre que el espíritu estimula al espíritu, que el corazón —un fugitivo instante— siente el latido de otro corazón. Es verdad que ninguna organización podría favorecer este género de gracia.

Una tarea inmensa se plantea al emisor y a su receptor, es la que redujera los riesgos de una formación sin formación de transmisión de imágenes sin comunicación.

La autoeducación es el deber y el adorno de la vida entera. Los países en vía de desarrollo no tienen sino que observar en sus propias culturas para entender esta invitación a conocer y practicar el arte de devenir un hombre. La formación general y profesional mediante pedagogos experi-

mentados dispone de medios privilegiados de difusión. Pero se puede reiterar que la selección de programas choca contra la irreductibilidad de los valores. Es un dominio extenso de conocimientos de base y de formación crítica, sobre el cual puede instaurarse un consenso.

Para dar a la comunicación un contenido conforme con su vocación universal y a las necesidades de este siglo, es evidentemente necesario mucho más. La comunicación merecería ser llamada nueva y considerada como el medio más poderoso del nuevo orden internacional, pero sólo en el momento en que iniciara a la juventud del mundo considerado como un todo en el que ella enseñaría la patria-tierra, la aventura grandiosa de la Humanidad, sus fracasos pasados y presentes y las luminosas perspectivas de un porvenir pacífico.

Por diferentes que ellos sean, los pueblos participan con una suerte común: la condición humana.

En las élites, los sabios y los filósofos deberían tener el coraje de proponer a cada uno y a todos, una reflexión sobre las condiciones elementales y fundamentales de nuestra existencia, sobre el nacimiento, la pareja, la infancia, el sufrimiento y la muerte.

Es renuncia a la explotación comercial de la división vincularnos a las realidades, único fundamento del esfuerzo de construcción personal; sería una cosa diferente, así lo entendemos, a una serie de documentales; sería un esfuerzo que exigiría tacto y talento, combatir la evasión y la ausencia, volver a dar sabor a la existencia e intentar la rehabilitación de la vida recogida y ardiente, más consciente y capaz de atestiguar un sentido que la aclare.

Los grandes debates, uno lo sabe, comienzan en este punto. Ciertamente, todavía es importante proponer el sentido de la elección personal y, puede ser, apercibirse de que una convergencia se bosqueja entre aquellos que han sido propuestos por los más grandes testigos. Un filósofo racionalista,

E. Dupreel, ve como acto moral a aquel que entraña un sacrificio por respetar una norma aceptada. ¿Quién se negaría a meditar esta fórmula, que es al menos un comienzo? Iniciativas orientadas hacia lo que une, enfocadas a la exploración del patrimonio intelectual y cultural común no excluyen nunca el pluralismo y la elección de las conciencias personales; ellas se elevan al nivel de la dignidad humana y de una información que excluya la verborrea.

Es posible que debamos desconfiar de esta "civilización universal" que cada uno de nosotros —sobre todo el occidental— se inclina a confundir con la suya propia, proponiéndola para todo el universo. En nuestra época, anhelamos que las culturas se universalicen, es decir, que descubran en el diálogo y en el estudio profundo también y en la vida pacífica, las áreas de su compatibilidad.

Este esfuerzo es exigido por las solidaridades de puro hecho que se anudan entre todos los pueblos en los progresos de las técnicas de destrucción, de la producción y de la información. La fría razón, como el veredicto de las religiones cuando no están desviadas de su vocación, extraen de esas solidaridades de hecho, una norma de alcance universal. A pesar de la violencia y de las masacres, la solidaridad social es una experiencia comenzada. No hay país, desarrollado o no, donde la autoridad política no haya recurrido a las transferencias sociales en favor de los marginados y de los débiles.

A pesar de los repetidos fracasos se hacen esfuerzos por reducir la desigualdad entre países industrializados y desfavorecidos. Inicios y tanteos sin relación con la amplitud de la tarea que se impone; hay testimonios, en todo caso, de que las conciencias se desembarazan mal de los imperativos elementales.

La conversión de los espíritus, que transformaría los ámbitos de información en espacios de comunicación consciente e intencional, es amenazada por esta concentración de poderes, por este desarrollo acumulativo de las grandes

firmas y de las superpotencias que hemos analizado, para cada uno de los nuevos espacios.

Ni la transnacionalidad de los nuevos imperios, ni la que implican las nuevas "fronteras" ni la que pone en juego la nueva comunicación, tienen ocasión de iniciar y de extenderse por ellas mismas en una figura mundial en la que todos encuentren un medio para su expansión.

Uno estaría tentado de desesperarse y de decidirse ya sea por la abdicación frente a alguna de las superpotencias, o ya sea por el repliegue mortal en la mediocridad.

Hay sin embargo vías de salida y para todas las naciones estrategias de colaboración en la política mundial de esta época.

IV. LAS VÍAS DE SALIDA

La violencia sacude a las sociedades al final del siglo. El espíritu de guerra estremece a las naciones. Sin embargo las superpotencias titubean en desatar un conflicto mundial, ellas han sacado una enseñanza del equilibrio de los terrores, aunque jamás haya tenido la estabilidad que se le atribuye. Por la teleobservación conocen mejor ahora sus fuerzas respectivas. No consideran poner en órbita la bomba H cuyo estallido podría desviarse y reservar una sorpresa al agresor. Sin embargo, 400,000 millones de dólares por año preparan a la destrucción y un solo día de gastos militares excede a la ayuda acordada anualmente a las 25 naciones menos desarrolladas. Este absurdo, que vacía a la economía mundial de todo sentido, es acompañado por declaraciones de cada una de las dos superpotencias, en el sentido de que no aspira ninguna de ellas a la hegemonía.

Las hegemonías se suceden sin parecerse. La que uno imagina hoy no podría reproducir la de los ingleses del siglo precedente, a causa de la multipolarización; pero por otras razones también. Las revueltas inesperadas de las na-

ciones jóvenes a la escuela del colonialismo no puede ser sino crecimiento, gracias a la tenencia de recursos indispensables, a su valor de posición y a la dinamización de su identidad histórica. La disminución, verdaderamente a largo plazo, del dominio de los Estados Unidos será lenta y gradual; esta dominación se ejerce ahora por las transnacionales y por los que aman los dólares.

De los Estados Unidos el mundo espera una palabra, un proyecto que, como no hace mucho, la declaración de Franklin D. Roosevelt justifique su omnipresencia tan inevitable como su política de poder. La opinión mundial por vaga, dividida y fluctuante que sea, espera ese inicio de legitimación.

La superioridad técnica y económica de los norteamericanos no está, por otra parte, sin réplica. Más que nunca la ciencia aplicada a la industria puede causar la obsolescencia, las inmensas arquitecturas de las organizaciones y de los capitales fijos: lo "nuevo" destruye a lo antiguo, en una escala y con una potencia sin igual. La consecuencia, en la economía de guerra, es la capacidad para cada nación de especializarse, eficazmente y sobre todo de practicar "la innovación en participación" que en Austria y en Alemania favorece la colaboración del trabajo y el capital.

El porvenir de la clase obrera y de los cuadros pasa por ser el de la nación en las competencias colectivas a escala mundial. Los conjuntos políticos de fuerza mediana no están de ninguna manera reducidos a la impotencia. Precisamente porque no tienen los primeros papeles en las competencias y las coaliciones del economismo y porque sus culturas son reservorios incomparables de los valores supremos; les correspondería en el caos universal, valorizar los centros de vitalidad plena e intensa y cuya creatividad trasciende al utilitarismo simple.

Bajo estas condiciones, la economía descentralizada a base de mercado puede ser orientada hacia el servicio social; los

poderes sobre los capitales y por ellos, pueden recibir una reorientación funcional propia para legitimarlos en profundidad.

Todo islote de resistencia a la disgregación moral y social contribuye a la evolución pacífica del mundo. Una nación fiel a este programa, cualquiera que sea su tamaño, tendría todas las oportunidades de convertirse en un centro contagioso de influencias benéficas.

¿Es necesario agregar que una nación mediana, decidida simplemente a defender su vida autónoma, no podría descuidar ninguna participación en conjuntos más amplios, aunque no satisfagan sino muy imperfectamente sus aspiraciones de progreso?

La experiencia de una Europa menos desunida no es correctamente evaluada si se parte de las turbulencias de una asamblea. La Europa parlamentaria es un medio de favorecer la elaboración y aplicación de operaciones colectivas. Las cooperaciones técnicas, la "Ariane" franco-europea, la "Symphonie", satélite franco-alemán, son dos ejemplos notorios. La colaboración industrial entre los europeos prueba su eficacia en todos los terrenos.

No disimulemos que la política mundial permanecerá largo tiempo aún fundada en coaliciones de derecho o de hecho. El atlantismo merece más que un veredicto lanzado desde lo alto de una ideología y evoluciona rápidamente: la colaboración entre las zonas más importantes de desarrollo industrial: Estados Unidos, Europa, Japón es un hecho de estructura —durable en tanto que tal—. El atlantismo evolutivo se extiende hacia el Asia, según el *modus vivendi* establecido entre los Estados Unidos y China, la normalización de relaciones entre Pekín y Tokio y el Pacto de Mutua Seguridad entre Tokio y Washington. Esta extensión procura una base material a la comunicación progresivamente más confiada entre Occidente y Oriente, lo que será a largo plazo un éxito glorioso en la historia de la Humanidad.

Como una experiencia dolorosa, comenzamos a apreciar mejor la lentitud del ritmo de las reestructuraciones del mundo. Este develamiento marca dos deberes complementarios más allá de una oposición superficial, el deber de "utopía" y el deber de paciencia; renunciar a una es detener el resorte de la evolución; descuidar la otra es comprometerla en destrucciones irremediables. Estructuras convenientes creadas a muy largo plazo para lograr una verdadera economía mundial al servicio de una misma finalidad son ya conocidas, nombradas, estudiadas.

Elas no se realizarán de un solo golpe, aún son por ahora, y durante periodos medianos sucesivos, propias sólo para inclinar en la buena dirección las reformas realizadas y para provocar la inspiración que las estimule.

Hace largo tiempo que se han visto en la filigrana del comercio internacional y de los intercambios, dibujarse intercambios funcionales e interfuncionales. La crisis del petróleo (1973) y sus problemas en cascada, dan una actualidad dramática a esta constatación de que existen funciones fundamentales en la economía mundial. Si una organización plurinacional se hubiera fundado con la idea de que el cumplimiento formal de las principales funciones en el mundo es la condición de la prosperidad universal, graves pérdidas y penalidades habrían sido evitadas. La idea funcional hace ya germinar proyectos en las organizaciones internacionales. Por extrapolación, por ahora muy ambiciosa uno imagina la federación de funciones rectificando y complementando la federación de territorios. Al precisarse, la institución instauraría el poder organizado sobre los centros funcionales. Totalmente distinto al poder ejercido sobre las poblaciones que habitan un territorio.

En otro campo, diferente pero vecino, se ve surgir la idea de riquezas potenciales comunes y de patrimonio común de la Humanidad. Sobre la marcha, hemos citado el ejemplo

de los recursos de la altamar y del derrotero de las instituciones que tratan de realizar este proyecto.

Si de las estructuras físicas se pasa a los bienes inmateriales, a los conocimientos científicos y técnicos, uno es naturalmente encaminado a la idea indiscutible y menospreciada de que la ciencia, por su naturaleza misma, no debería existir como propiedad de un Estado o de un grupo, sino más bien estar a la disposición de todos; se comprenden las consecuencias de esto en la época de los satélites de comunicación.

Es, en fin, un movimiento poderoso y universal que despierta las conciencias ante el espectáculo de las multitudes iletradas, reducidas por la desnutrición y la enfermedad a un nivel infrahumano. En su origen, en su trayectoria y al término de este movimiento, se encuentra la noción soberana de la solidaridad y la gama de instituciones que de ella emanan: funciones mundiales; patrimonio común de la Humanidad; solidaridad entre todos los hilos de la patria-tierra.

He aquí las luces que iluminan, por contraste, los dolores de una larga jornada y cuyo destello, al menos, será vivificante y fecundo si el camino debe conducir al desenvolvimiento pleno del recurso humano y a la empresa de gloria que es la edificación de la sociedad de los hombres...